



Sin democracia decae el periodismo; sin periodismo, se agota la democracia

Fernando González Urbaneja
fgurbaneja@telefonica.net

FERNANDO GONZÁLEZ URBANEJA (Burgos, 1950), licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense (1967-72) y en Periodismo por la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid (1968-72), ha sido redactor de la agencia Logos (1973-74), fundador y redactor del semanario *Doblón* (1974-76), fundador y redactor-jefe de la sección de «Economía» del diario *El País* (1976-1980), subdirector y, luego, director de la revista *Cambio 16* (1985-87), director de «Noticias» en *A3 TV* (1991-93) director del diario económico *Cinco Días* (1994-99) y presidente de la Asociación de la Prensa de Madrid (2003-2011) y de la Federación de Asociaciones de la Prensa de España (2004-2008), en la que actualmente es miembro de la Comisión de Arbitraje, Quejas y Deontología. También ha sido profesor de Economía y de Periodismo en las universidades Carlos III y Nebrija, entre 1999 y 2012, y autor de los libros *Rumasa* (Planeta, 1983), *Banca y poder, la pasión por ser banquero* (1993, Espasa Calpe) y *Ferrovial, viaje sin fronteras* (Planeta, 2013). En la actualidad escribe sobre temas económicos y políticos en el diario *ABC* y en *República.com*, y es director de la publicación mensual *Consejeros* y de la web www.thecorner.eu.

Sin democracia decae el periodismo; sin periodismo, se agota la democracia

Fernando González Urbaneja

Federación de Asociaciones de la Prensa de España

Albert Camus, que me parece una referencia permanente para el periodismo, escribió en *Combat* a finales de 1944, cuando los aliados acababan de liberar París: «un país vale lo que valga su prensa. Y si es verdad que los periódicos son la voz de una nación, estamos dispuestos, por nuestro parte y en la exigua proporción que nos corresponde, a elevar este país elevando su lenguaje». La afirmación inicial me parece axiomática, poco cuestionable como trataré de acreditar. Y la segunda frase significa una propuesta y un compromiso que tenía valor en aquella coyuntura y sirve para cualquier otra, incluida la actual. La cuestión es si existen las personas, las mentalidades, las condiciones y la voluntad para asumir ese compromiso de «elevar el lenguaje», idea que tiene que ver con la calidad, credibilidad e influencia del periodismo.

Empiezo por la proposición inicial, «un país vale lo que valga su prensa», que me sirvió para titular esta intervención con el binomio «democracia / periodismo», dos caras inseparables de una misma moneda, que sirven la una a la otra, que se dan valor y que permiten, por comparación o equivalencia, estimar la calidad de cada una de ellas. Alguien dirá que es una obviedad, pero cuidado con las obviedades, cuando se menosprecian se incurre en extravío. Cuidado con las obviedades, hay que tenerlas presente. Los naranjos no dan fruto en las montañas, ni las viñas producen buen vino en tierras donde nunca llueve. Por lo mismo, el periodismo no florece en sistemas políticos que dan la espalda a la democracia, al imperio de la ley, el estado de derecho y la separación de poderes. El mejor periodismo contribuye a una democracia de calidad; y una democracia de calidad estimula el buen periodismo al proporcionarle el marco, el humus, para su desarrollo. No son procesos necesariamente simultáneos, pueden cursar con demora o adelanto, pero tienen largos períodos de coincidencia. No son posibles democracias avanzadas sin periodismo independiente y libre. Las tendencias autoritarias son enemigas del periodismo.

Se puede acreditar que las etapas pre-democráticas y los últimos balbuceos de un sistema autoritario suelen ser escenarios propicios para la emergencia del mejor periodismo, el que se crece frente a los obstáculos, contribuyendo a acelerar el cambio. Las revoluciones que derribaron el Muro de Berlín y transformaron los países del este europeo o, incluso, las «primaveras árabes» más recientes, estuvieron influidas por unos medios de comunicación y unos periodistas que permitieron visualizar a las opiniones públicas de esos países el valor del cambio, la oportunidad de dar un vuelco a situaciones que parecían inalterables. Las televisiones, las cabeceras de calidad y las redes sociales que superan fronteras y eluden censuras, aceleran los procesos y les hacen posibles.

Y me parece también que las etapas de estancamiento o retroceso de la democracia, estamos viviendo una, coinciden con un desempeño del periodismo cansado, decadente, extraviado, incluso engolfado en su retroceso. Las recientes elecciones presidenciales en los Estados Unidos son un buen ejemplo, tanto que están provocando una reflexión y un debate intenso sobre las responsabilidades del periodismo actual, sobre la pérdida de credibilidad y de influencia y sobre el poder alternativo de las redes sociales. Los medios se han dejado llevar por la tentación del espectáculo, por la «cantidad de clics» acumulados, las más de las veces divulgando extravagancias, posiciones extremas, mentiras y bajas pasiones. Cuando quisieron volver al ejercicio profesional clásico ya era demasiado tarde.

Que el diccionario de Oxford haya elegido como palabra del año la «pos-verdad» es buena prueba de lo que estoy diciendo. La «pos-verdad» propone que los hechos pasen a segundo plano frente a los sentimientos y creencias. La «pos-verdad» arruina un viejo principio del mejor periodismo: «los hechos son sagrados, las opiniones son libres». Si los hechos no son sagrados sino interpretables, modulables, relativos, se derrumba una de las columnas vertebrales del periodismo profesional. Lo que llamamos «pos-verdad» no es nuevo, estaba en los usos de todas las dictaduras que utilizaron la mentira y la propaganda para imponer su dogma autoritario y excluyente. Ahora esas prácticas resucitan actualizadas, más sutiles, aprovechando las nuevas tecnologías de la información. No me gusta utilizar en vano el término «fascismo» y equivalentes, hay antifascistas que actúan como los fascistas, la historia no se repite, pero cuando la mentira y los farsantes imponen la agenda y el contenido del debate, las consecuencias pueden ser trágicas.

La historia española del último siglo sirve como caso de estudio para demostrar lo que digo. Padeimos durante tres décadas el aislamiento y la sequía del periodismo profesional. El tercio central del siglo XX fue el de los años oscuros, los que corresponden a la guerra civil y el franquismo (entre 1936 y 1967), que supusieron la ruptura con el brillante periodismo del primer tercio de siglo. Tras esos años oscuros surgió un periodismo nuevo, joven, incisivo, crítico y decidido a romper el statu quo para lograr una sociedad de libertades, con los ojos puestos en el modelo europeo. «Como en Europa» fue el objetivo colectivo de los españoles que contribuyó al consenso de la Transición.

Durante los años oscuros, sus inquisidores echaron varios candados al periodismo de Chaves Nogales (1897-1944), de Eugeni Xammar (1888-1973), de *Gaziel* (1887-1964) y de tantos otros periodistas condenados por el régimen de Franco al silencio, el olvido y el exilio. Algunos de ellos estaban decepcionados por la deriva de la II República, poco partidaria, como demuestran sus leyes y los hechos, del periodismo en libertad y de la propia libertad. Fueron muchas las expectativas frustradas en pocos meses. Lo resumió Ortega con esa frase escrita en septiembre de 1931 en un artículo publicado en el rotativo madrileño *Crisol* (1931-1932) bajo el título «Un aldabonazo», que concluía: «españoles que colaboraron al advenimiento de la República con su acción, con su voto o, con lo que es más eficaz que todo eso, con su esperanza, dicen ahora, entre desasosegados y descontentos: ¡No es esto, no es esto! la República es una cosa. El radicalismo es otra. Si no, al tiempo». Y lo que vino con

el paso de muy poco tiempo no fue bueno para España y los españoles. Trajo los años oscuros, la guerra y el franquismo.

Varias generaciones de periodistas nos perdimos la experiencia y las enseñanzas de nuestros mayores, de los abuelos, y tardamos en descubrir su rastro y su mérito. El segundo tercio del siglo enterró a los buenos profesionales del primero. Y los del tercer tercio tardamos en rescatar los buenos ejemplos del primer tercio. En esta profesión, más aun que en otras, el tracto histórico, el relevo intergeneracional, es importante, crea escuela y forma el carácter de los medios y de los periodistas, ese «carácter» que contribuye a la buena práctica; una especie de lo que los economistas llaman *Animal spirits* que hace que las cosas vayan a peor o a mejor sin una explicación lógica o mecánica.

También ahora estamos padeciendo ese fenómeno de pérdida de «carácter», de ruptura histórica y generacional, como consecuencia de la carnicería laboral provocada por *eres*, ajustes, despidos... que han devaluado las redacciones. Aunque también hay que poner en valor que muchos de esos profesionales desahuciados de los viejos medios se han reciclado a nuevos medios para iniciar una especie de revolución con decenas, cientos, de iniciativas periodísticas que anuncian una primavera, que están buscando un sitio y un estilo y creando expectativas, esperanza y oportunidades. Quizá ahora estamos en la parte más difícil del túnel, intuimos la luz, estamos en ese momento cuando lo viejo no muere y lo nuevo no se impone. Pero el proceso está en marcha y puede ser imparable. La revolución digital nos lleva en volandas a un mundo, a unas sociedades más complejas, más volátiles, más plurales y, seguramente, más tolerantes y con más oportunidades.

La historia del periodismo y de la libertad de información en España ha estado afectada y jalonada de rupturas y paréntesis, que explican su propia debilidad. Un viejo político de la transición, ya fallecido, solía comentar: «nos falta espesor», que significaba déficit de tamaño de país y también de consistencia en la trayectoria histórica. Los dos factores son datos objetivos que suponen puntos débiles que hacen más difícil el camino hacia la calidad y la excelencia. Pro la experiencia nos dice que en países con poca dimensión e influencia las libertades se han impuesto y el buen periodismo cumple años sin padecimientos.

El caso español es ilustrativo de la ecuación democracia-periodismo. El epígrafe de estas sesiones reza «de la autarquía a la globalización», que es como decir del franquismo a la democracia y un poco más allá. El franquismo era incompatible con la libertad de prensa por su propia naturaleza autoritaria. No es casualidad que la primera ley de prensa de Franco, la de 1938, fuera una ley de guerra que copiaba el modelo fascista vigente en Italia, que sirvió para la guerra y para la posguerra, porque la paz no llegó con la rendición incondicional. La reconciliación que pone fin a las guerras inciviles tardó en llegar en el caso español.

Durante aquellas décadas, la prensa quedó al servicio del Estado franquista. Para que no hubiera fisuras se estableció: la censura previa permanente; las notas de inserción obligatoria; la autorización para crear nuevos medios, inscritos en un registro oficial; el control de los directores, aprobados por el ministerio; el encuadramiento de los propios periodistas, con un carné oficial y un registro encabezado por Franco.

Los gobernadores civiles controlaban los medios con la complicidad de los editores afectos al régimen.

El gobierno disponía de su ministerio de la verdad, con facultades administrativas para sancionar, incluso secuestrar cualquier publicación antes de llegar a su público. La ristra de procedimientos de intromisión y control es abrumadora. Solo quedaba espacio crítico para la ironía y el ingenio que actuaron como semillas de independencia, que requerían talento y audacia, aunque antes o después los autores fueran sancionados cuando la autoridad se sentía aludida o desafiada. Pero día tras día se ensancharon los márgenes, se amplió el campo de juego para la crítica jalonando el camino hacia la libertad. Primero se pudo criticar lo local, a los alcaldes, mientras Franco, el ejército, la jerarquía católica eran intocables. Pero abierto un agujero, pronto se hizo boquete hasta que cayó el muro. La historia de las sanciones económicas, de las condenas y de los cierres de medios, es la historia de un largo camino hasta la libertad de prensa en su sentido más amplio.

Al régimen franquista tardaron en estallarle las costuras, fue precisamente la Ley de Prensa e Imprenta, la llamada Ley Fraga, la que dio los primeros síntomas de debilidad y agotamiento. No podemos decir que fuera una ley para la libertad, ya que mantuvo los controles y las sanciones, pero acabó con la censura previa y abrió resquicios por los que se coló el periodismo para ejercer su función de control del poder, de crítica y denuncia. A partir de 1967, el periodismo español inició un largo viaje hacia la libertad. Los hitos se sucedieron con parsimonia porque no era una ley homologable con las de las democracias europeas, pero al régimen le permitió cierto disimulo. Toleró la aparición de nuevos medios, casi todos críticos, pero siguió cerrando, secuestrando, sancionando y persiguiendo a los periodistas. Tuvo que llegar el primer gobierno democrático para, por ejemplo, acabar con la emisión obligatoria del llamado «parte informativo» de *Radio Nacional de España* por todas las emisoras que tenían prohibido emitir información. Una prohibición que sorteaban con programas informativos presentados con otra cara. Los medios públicos eran dominantes en lo audiovisual y en la prensa escrita, aunque con creciente desprestigio.

Pocos medios de la etapa anterior, del franquismo, sobrevivieron, no tenían mucho que ofrecer a la nueva situación, sus raíces estaban muy debilitadas. Y los nuevos medios nacidos durante la transición parecen ahora demasiado viejos, se han renovado mal y la mayoría tiene complicado su futuro. La pérdida de calidad de los medios de referencia durante los últimos años, en lo que va de siglo, es preocupante, un factor crítico en la evolución política y social, de eso que Goytisolo calificó en un artículo publicado en *El País* años atrás con un titular concluyente, «Vamos a menos», que alentó una polémica más melancólica que efectiva, un debate que convendría recuperar en estos momentos porque la proposición «vamos a menos» sigue siendo válida, y reconocerlo, analizarlo, sería el punto de partida para una recuperación, para cambiar el sentido de la marcha.

Estamos ante la «crisis de los gigantes» a la que en aludió Vargas Llosa años atrás, en su fase de articulista brillante preocupado por lo que llamó «civilización del espectáculo» o «la era de los bufones». El premio Nobel criticaba la trivialización de los contenidos de los medios, y advertía que el periodismo o la televisión «basura» no explican

la pérdida de credibilidad del periodismo, porque basura ha existido siempre, lo que resulta novedoso es el sesgo que contagia a la prensa de cejas altas, a la llamada prensa de calidad. La crisis se acentúa por la pérdida de carácter de los medios que dejan de ser «referentes», aunque no quieren enterarse ni reaccionar.

Decía que desde finales de los años sesenta, todavía con el régimen de Franco vigente, aunque evolucionado desde la autarquía-militarista de los años cuarenta y cincuenta, que fracasó rotundamente, hacia un régimen autoritario que buscaba alguna legitimidad, el periodismo español recuperó buena parte de la función social que corresponde a la profesión en las sociedades modernas. Aparecieron nuevos medios, aprobados a regañadientes por gobiernos más débiles y ambiguos, y, sobre todo, emergió un periodismo profesional que contaba la realidad de la calle, lo que ocurría cada día, que explicaba los acontecimientos del mundo, que daba voz a los silenciados, que iluminaba las zonas oscuras. Un periodismo que criticaba los excesos, que reiteraba que el régimen estaba desnudo y que planteaba alternativas políticas y sociales. Periodistas que hablaban de Europa, de democracia, de libertades, de elecciones libres... periodismo que contribuyó a la democracia española y a la incorporación a Europa.

En aquella circunstancia, la tesis de Camus «un país vale lo que valga su prensa» alcanzó pleno valor. Un periodismo joven, audaz, preparado, honrado, independiente... se correspondía con un país que quería cambio pacífico, diálogo, consenso, elecciones libres, alternativas y soluciones. Un periodismo tolerante, dialogante, intransigente con los abusos, que se correspondía con una sociedad en la misma onda.

El punto crítico de ese nuevo periodismo está bien reflejado en el artículo 20 de nuestra Constitución que, con cinco párrafos y poco más de 200 palabras, hizo el mejor resumen de lo que debe ser el más amplio marco de libertad de expresión e información. Un artículo que nos devuelve al espíritu del decreto X de libertad de Prensa de 1810 (Cortes de Cádiz) y nos aleja de todas las leyes de prensa intermedias, decididas a limitar la libertad mediante la censura, el amedrentamiento, el control y, en definitiva, la intromisión del Estado y el Gobierno en los medios, un ámbito que les debería estar vedado.

Y tras años de maduración de la democracia española y también del propio ejercicio del periodismo, entramos, desde finales del pasado siglo, en una fase de estancamiento y retroceso, tanto de la calidad de la democracia, como de la credibilidad del periodismo. Dos fenómenos paralelos que se alimentan el uno al otro. La democracia española actual está afectada ahora (lo ratifican las encuestas) por una corrupción tolerada y encubierta; por una endogamia partidista que produce inmovilismo y clientelismo; por los excesos de la confrontación y la intolerancia, por discursos excluyentes, dogmáticos, y por una carencia de ideas y de inteligencia para entender el mundo globalizado en el que estamos inmersos.

Se ha incorporado un «discurso del odio» que desplaza al del entendimiento, se impone el rechazo de lo distinto o de lo que no se entiende para anular la pedagogía democrática. No es un fenómeno nuevo, ni español, Camus advertía el año 1944: «ciertos periódicos se dejan arrastrar por la violencia y el insulto (...) no podemos permitir que la crítica se convierta en insulto, admitamos que nuestro oponente puede tener razón, en cualquier caso sus razones, aunque malas, pueden ser desinteresadas». No me nega-

rán que la propuesta sigue siendo válida. Una tolerancia que no puede ser relativista, no todas las opiniones son respetables, no todas tienen el mismo valor, no todas merecen ser reflejadas. El buen periodismo tiene que ser beligerante contra las falsedades, no puede dejarse arrastrar por la extravagancia divertida, por lo espectacular o por la apariencia.

El buen periodismo sabe escuchar, enseña a escuchar para evitar que unos no escuchan a los otros, para que no se pierda la pedagogía de la conversación y del acuerdo. Cuando apenas hay debate o el que existe no enriquece, no convence, no conduce a repensar, a veces a rectificar y a transigir, sino que contribuye a reforzar las propias tesis sostenidas con argumentarios con pocos argumentos y mucha propaganda, el periodismo se queda sin espacio. El resultado de la ausencia de conversación, debate y acuerdos es una democracia averiada, cortoplacista, atenazada por los estados de opinión, las encuestas y el temor a perder el favor de los electores. Una democracia con gobernantes incapaces de asumir riesgos o de proponer objetivos ambiciosos. Y al lado, una prensa acomodaticia, que se deja fabricar la agenda, a la que otros fijan las prioridades, unos medios seguidistas de unos políticos dedicados a manipular. Los recientes debates electorales son buen ejemplo de lo inane del pensamiento de los propios protagonistas y de la inepticia de la crítica en los medios.

El periodismo actual padece males engendrados por lo que podríamos llamar «concurrentia concupiscente» de políticos y periodistas. Demasiadas conversaciones innecesarias entre ellos, demasiados secretos compartidos, demasiadas complicidades indeseables, favores recíprocos y tráfico de influencias inconfesables... factores todos ellos que están en la raíz de los agobios actuales. Considero que la relación entre políticos y periodistas, en distintos planos, la de los editores con los ministros, la de los periodistas de información y de opinión con políticos de primer, segundo y tercer nivel, es perjudicial y perversa. Ambos caminan cerca, pero por distintas aceras, sus intereses y objetivos no suelen ser coincidentes. Ninguno debe dar de lado a su clientela (a sus jefes), a los que les pagan, a la ciudadanía. Y mientras no restauren esa relación no recuperarán la credibilidad y la confianza.

Está aceptada la tesis de que sobre el periodismo han caído tres crisis simultáneas: la revolución digital (la tecnología), la gran recesión actual (crisis de ingresos) y el cambio de paradigma que supone la pérdida del monopolio de la intermediación informativa. Todo ello es cierto, una tormenta perfecta con visos de huracán, pero casi todas las actividades se han visto afectadas por esos mismos riesgos y algunos sectores han desaparecido como los dinosaurios en su día, pero otros se han adaptado, han sobrevivido y están mejorando su posición. El periodismo anda aun asombrado, desconcertado, casi perdido ante la revolución digital, va por detrás de los acontecimientos, sin encabezar ninguna iniciativa de éxito. Pero como su función social es imprescindible, antes o después, los actuales u otros por llegar, acabarán encontrando el camino correcto.

Para medir la calidad, la madurez, tanto de la democracia como del progreso económico, disponemos de procedimientos y rankings elaborados desde ámbitos académicos, con indicadores simples y complejos, que permiten llegar a conclusiones e, incluso, a detectar dónde y cómo actuar para mejorar. Hay índices de desarrollo humano, de progreso social, de transparencia, de competitividad, de libertad económica, de de-

sigualdad...y también de libertad de prensa y de calidad de los medios de comunicación.

Y no es casualidad que los países que encabezan todos esos índices de progreso sean los mismos, los que pueden exhibir sistemas políticos e institucionales más asentados y contrastados, sometidos a controles y equilibrios, los más transparentes. Tampoco es casualidad que en el ámbito de la libertad de prensa destaquen los países más prósperos, más igualitarios, más estables. Uno y otro fenómeno se realimenta. La libertad de información y expresión ayuda al progreso de la democracia; y su merma hace retroceder a ambas. Y tampoco es casualidad que los países en los que mejor se adaptan los medios a la revolución digital y a los demás cambios, son precisamente los que están situados en cabeza de los rankings de libertad de información. La credibilidad es rentable.

El periodismo tiene mucho que ver con la libertad de información y de expresión, especialmente con la primera, que tiene sus procedimientos porque se trata de una profesión con su propias *lex artis*, con reglas, con una deontología que es más estrecha que el marco de la legalidad, precisamente, por la responsabilidad que requiere el ejercicio de la profesión, que precisa de la más amplia libertad, que se mejora y equilibra por el sentido de la responsabilidad. La libertad de información va más allá de la libertad de expresión, actúa en otro terreno de juego que impone deberes a las instituciones y a las personas para proporcionar información y para gestionarla con eficacia, para que sirva. El periodismo es el resultado de la libertad de información y la prueba de la misma existencia de esa libertad para informar y del deber de informar.

Periodismo es contar lo ocurre, la historia de cada día, sometido a veracidad (a una diligente búsqueda de la verdad); exigida por el deber de la verificación; también por el mérito de ofrecer un relato con relevancia social, con interés público; auxiliado por la habilidad para elaborar ese relato, para saber contar de tal manera que el ciudadano entienda, pueda extraer sus propias conclusiones una vez que dispone de información suficiente, verídica, contrastada, contextualizada y con opiniones diversas y fundadas. Sobre cada una de estas frases se puede construir una teoría, con ejemplos y sentido para sostener que se trata de una profesión. El periodista, dice Kapuscinski debe ser buena persona, los cínicos no sirven para este oficio; y Camus señalaba que «periodista es una persona a la que se supone que tiene ideas (...) espíritu crítico, compromiso (...) y, sobre todo, independencia». No me voy a extender sobre ello, que refuerza la idea de profesión con deontología, con procedimientos. No son muchos ni difíciles de entender, sino todo lo contrario.

El periodismo es tan viejo como la política y la tribu, que aparecen cuando los seres humanos, homo sapiens, son capaces de comunicarse, de producir el «chismorreo» en el seno de la tribu, como resultado de la llamada revolución cognitiva, la primera de todas, que va más allá de captar y transmitir información, y que llega cuando el ser humano es capaz de imaginar, de construir leyendas, ficciones y mitos. Periodistas fueron Herodoto y Tucídides, también Julio César y Cicerón. Pero el periodismo profesional que nos interesa es un fenómeno mucho más reciente, prácticamente del siglo XX, de la sociedad de masas, aunque con un precedente decisivo en la Ilustración, en la edad de la razón y en sus consecuencias culturales, políticas y sociales.

La primera Ley de libertad de prensa se dictó en Suecia en 1776, es una de las cuatro leyes fundamentales de la Constitución sueca que tienen precedencia sobre las demás leyes. Una ley que establece que las autoridades deben rendir cuentas y que la información debe estar a disposición libre de los ciudadanos; una ley que hoy protege la identidad de las fuentes, el secreto profesional y propicia el intercambio de opiniones. La primera ley de prensa en España data de 1810, de las Cortes de Cádiz. Antes (1791) el Primer Congreso de los Estados Unidos había aprobado su *Bill of Rights*, las nueve primeras enmiendas a la Constitución, con una primera sobre la libertad de conciencia, de religión, de expresión y de prensa, calificadas de materias no legislativas, donde el gobierno no debe inmiscuirse. Y un par de años antes (1789) se había producido la declaración francesa de derechos del hombre y del ciudadano.

Frente a todas estas declaraciones surgieron a lo largo del siglo XIX obstáculos desde los estados, desde las iglesias... para controlar la libertad, para evitar «los males de la imprenta» y restringir la libertad, los excesos de la prensa. Por eso digo que hasta la aparición de los medios profesionales, dirigidos al gran público, capaces de financiarse por sí mismos, sin dependencias políticas o ideológicas irresistibles, los que algunos han llamado periodismo industrial, de rotativa, no podemos hablar de un ejercicio efectivo de la libertad de prensa.

Ahora afrontamos un cambio radical, resultado de la revolución digital y de la globalización, que ha arrasado el modelo de negocio, aunque no ha afectado al objeto social, a la naturaleza del periodismo a que ya he hecho referencia. Más que nunca conviene revisar y actualizar las aportaciones de McLuhan con sus tesis de la «aldea global» y que «el medio es el mensaje». El profesor canadiense anticipó la influencia de los nuevos medios (en su caso de la televisión) y cómo transformaban el proceso informativo. McLuhan, que falleció en 1980, era un visionario y sus reflexiones tienen interés en la era digital. Pero en absoluto conducen a desdeñar el mensaje, eso que llamamos contenidos. Los contenidos son siempre determinantes, aunque es evidente que los nuevos medios disponibles y dominantes comprometen y complican la elaboración de contenidos. Es una lección que los periodistas tenemos que aprender, las exigencias de la información en esta nueva era digital, de internet y redes sociales, no son las mismas que antes, pero las reglas del oficio, su *lex artis* y deontología no han cambiado nada.

Facebook o *Google* han saqueado el negocio de los medios, les han privado de fuentes de ingresos (por ejemplo: los anuncios de compraventa, que nunca volverán) y, además se han apropiado de los productos de más valor: informaciones, crónicas, reportajes, artículos de opinión, entrevistas... para ofrecerlos gratis, abiertos a quien quiera acceder a ellos a través de la red, de tabletas o correos electrónicos, con contenidos ordenados, indiciados, emitidos a borbotones abrumadores. Tienen problemas a la hora de valorar, de distinguir lo que es cierto y relevante de lo que no lo es, lo que es la naturaleza del periodismo, pero ese matiz esencial se da de lado y cursa en contra del periodismo y de su credibilidad, al quedar relegada la profesión a un papel de «tonto útil», de proveedor sin poder efectivo. A cambio de clics se cede lo esencial, el trabajo con valor añadido. Y los agregadores y buscadores se quedan con los ingresos, con la publicidad, que era la fuente de ingresos. Así que los medios

ceden gratis lo que antes cobraban y, además, ven cómo se esfuman los ingresos publicitarios.

No son pocos los que empiezan a ser conscientes del problema. Steve Jobs poco antes de morir dijo que «no podemos prescindir del criterio editorial de los medios de calidad», de los clásicos actualizados y de los nuevos en fase de consolidación. Y recientemente el fundador de *Facebook* aceptó como preocupación y problema que las mentiras (él dice que pocas) se cuelan en la red y se ofrecen como mercancía, aunque esté averiada.

El presidente Obama sostenía en el homenaje tributado a Walter Cronkite el año 2009, que el periodismo tenía un gran futuro porque el trabajo profesional de explicar la actualidad en un mundo cada día más complejo es imprescindible; los periodistas saben ordenar, seleccionar, valorar la información, es su trabajo. Y añadía que ese mundo cuenta cada vez con más ciudadanos educados e interesados en la actualidad. Todo ello es cierto y apoya la idea del futuro del periodismo.

Pero la experiencia de estos últimos años parece ir en contra. La «posverdad» se ha adueñado del escenario y conspira contra el periodismo. Para imponer las emociones sobre los hechos, para manipular, no hacen falta periodistas, todo lo contrario, hay que doblegarlos e, incluso, eliminarlos. Este es ahora el debate central en democracias consolidadas como la americana o la británica. ¿Ha cumplido el periodismo con su objeto social, con su misión, en la reciente campaña presidencial, en el referéndum del *Brexit*, en el próximo referéndum italiano... y en la crisis siria, o los acuerdos de paz en Colombia?

Cuanto menos, merece la pena debatirlo y articular una estrategia global como la que trata de afrontar el calentamiento global y el cambio climático. Una sociedad democrática necesita conservar, apuntalar y reforzar un periodismo ético, que salvaguarde los principios de veracidad, pluralidad e independencia que sustentan el periodismo confiable y de calidad. Un periodismo que cumpla con la función de informar, o de ayudar a formar criterio y también de vigilar y controlar los poderes para salvaguardar los derechos de los ciudadanos, para corregir asimetrías.

Y ese proceso de mejora, de rectificación, pasa porque los gobiernos, los políticos, los grupos de interés, los propios ciudadanos y los periodistas den un paso atrás en la manipulación y un paso adelante para valorar y recuperar la credibilidad y el respeto mutuo. Por interés de todos. Una sociedad guiada por mentiras, manipulaciones, amaños y apaños... está condenada al fracaso, a perder sus libertades y a empobrecerse.

Lo cual me devuelve a Camus y a la segunda parte de la propuesta con la que empecé esta intervención: «elevar el lenguaje» del periodismo. Y rastreando en los escritos de Camus periodista, que agradezco al reciente libro de María Santos Sainz, redactados hace más de medio siglo, encuentro varias sugerencias plenamente vigentes:

1. «En este oficio, a la jactancia o a la estupidez no hay más que un paso... existe el peligro de dar a entender que creemos tener el privilegio de la clarividencia y la superioridad de los que no se equivocan jamás», una sugerencia que debería presidir las redacciones y ser leída y recordada a cuantos intervienen en una tertulia o equivalente antes de sentarse a opinar. Llego más le-

- jos, sería deseable que cuantos incurran en ese riesgo sean apercibidos con tarjetas amarillas o rojas, para que reflexionen y eviten la reincidencia.
2. «Que los artículos de fondo (...) tengan fondo y que las noticias falsas o dudosas no sean presentadas como verdaderas (...) no debemos publicar noticias probables o suposiciones misteriosas», otro lema para presidir las redacciones y guiar el trabajo de redactores, redactor-jefes, directores y, en última instancia, de editores. Algo así como no dar gato por liebre.
 3. «Un diario que acepta amañar sus cuentas para beneficiarse de una gran audiencia no tiene derecho a hablar de este país», una proposición que tiene que ver con la honradez y la transparencia. La prueba del algodón de cómo los medios hablan de sí mismos y de sus competidores. Es asombroso cómo los medios mienten, falsean y manipulan la información que les concierne y a la que tienen derecho sus lectores. Rectificar esa mala práctica sería el primer escalón para recuperar la credibilidad. El segundo escalón sería gestionar con decencia y rectitud las «rectificaciones», las quejas de los ciudadanos que se sienten maltratados por los medios.
 4. «Por poco que conozcamos el mecanismo de la información, es fácil asegurarse de la autenticidad de una noticia. A ello debe dedicarse un periodista libre, porque si no puede decir todo lo que piensa, sí le es posible no decir lo que no piensa o lo que considera falso», lo que apela a la conciencia y al carácter de cada periodista individual. No es casualidad o rareza que la Constitución reconozca la «cláusula de conciencia», se trata de uno de esos derechos/deberes del periodista. La apelación a la misma en muchas redacciones contribuiría a evitar desviaciones y descrédito.
 5. «Un diario independiente señala el origen de su información, ayuda al público a evaluarla, repudia el lavado de cerebro, suprime las invectivas, mitiga mediante comentarios la uniformización de las informaciones, en suma, sirve a la verdad en la medida de sus fuerzas (...) Informar bien más que informar rápido, precisar el sentido de cada noticia con comentarios apropiados (...) instaurar un periodismo crítico y no admitir que la política venza sobre la moral, ni que ésta caiga en el moralismo»; una propuesta completa que reclama transparencia, enseñar cómo se hace el trabajo, gestionar las fuentes con decencia.
 6. Y concluyo con una especie de recomendación que casi parece un mandato: «la tarea de cada uno de nosotros es la de pensar bien lo que nos proponemos decir, modelar poco a poco el espíritu de nuestro periódico, escribir lúcidamente y no perder de vista la necesidad que tenemos de dar al país su voz profunda. Si hacemos que esa voz sea la de la energía en vez de la del odio, de la orgullosa objetividad y no de la retórica, de la humanidad antes que de la mediocridad, entonces, muchas cosas se habrán salvado y nosotros no habremos defraudado».